

—Esto puede ser el origen de una gran carrera, Biscuter.

Comentó Carvalho tras dar las últimas instrucciones a su lugarteniente absoluto.

—Un caso en Madrid, y nada menos que Televisión Española.

—Saldrá en la tele, jefe.

—Cuando todo esto acabe, probablemente.

—Por lo que he leído, para mí que el asesino es un sádico que vive escondido entre los decorados de TVE, como el fantasma de la ópera. ¿Vio usted aquella película tan *ferma*, jefe?

Carvalho estuvo pensando en el fantasma de la ópera durante todo el viaje a Madrid e imaginó un fantasma audiovisual para Prado del Rey, algo punk pero con caspa, rock duro de música de fondo pero también algo de organillo, un montado de tortilla de patatas y hamburguesa o callos a la madrileña con catsup. Se subió a un taxi en el aeropuerto de Madrid y dijo: «Prado del Rey.»

—¿A la tele?

Se aseguró el taxista.

—A la tele.

A los cinco kilómetros de recorrido el taxista había adquirido la suficiente confianza para decirle:

—¿Sabe usted cómo llaman ahora a Prado del Rey después de lo del crimen?

—Ni idea.

—Bragueta del Rey.

—Los hay con imaginación.

—Se las piensan todas.

Sentenció el taxista, con esa melancolía existencial y desengañada que suelen exhibir los mejores taxistas. Abandonó a Carvalho en manos de los res-

ponsables de la recepción de Televisión Española. Carvalho pudo comprobar una vez más que emitía malas vibraciones para los porteros, recepcionistas y cajeros de banco. En este caso escucharon con escepticismo su pretensión de entrevistarse con Vilariño. Tal vez se tratara de un escepticismo racial, el escepticismo de todo el que vive de preguntar: «¿Adónde va usted?» Tuvo que enseñar el carnet de identidad en una recepción ocupada por un conjunto rockero de la movida madrileña denominado La Asquerosa de tu Madre, y cuando la muchacha que le atendía comprobó que la cita con Vilariño era cierta y Carvalho esperaba un cambio de actitud en consecuencia, comprobó que el escepticismo se convertía en desgana, a medias motivada por el propio Carvalho, a medias por Vilariño, y si quedaba algo, atribuible a la situación o a la vida en general. Es decir, Prado del Rey le parecía el paraíso del desencanto y del descreimiento.

El edificio central era tan franquista que daba un cierto miedo. A Carvalho la arquitectura franquista siempre le había dado miedo. Eran edificios con mucha entrada y poca salida. Edificios trampas, falsos como los duros sevillanos. Pasó por un hall de discurso trascendental y le subieron a un ascensor lleno de gente que se quejaba de un tal Martínez. Dos conserjes más le separarían de la puerta del despacho de Vilariño y, una vez traspasada, secretarías y varones de distintas cataduras funcionariales fueron cediendo en su intención inicial de no dejarle ver a Vilariño, no por una manía especial a Carvalho, sino por principios. Pero al fin se abrió la puerta definitiva y allí estaba avanzando hacia él un individuo recio y cordial con aspecto de aviador italiano de los años treinta, sin que el propio Carvalho pudiera explicarse a sí mismo la ima-